

Repensar los estudios ibéricos desde la periferia

editado por José Colmeiro y Alfredo Martínez-Expósito

Capitalismo *cool* y clase media periférica en *Animales domésticos* de Marta Sanz

Rubén Pérez-Hidalgo
(University of Sydney, Australia)

Abstract Marta Sanz's novel *Animales domésticos* (2003) is an exploration of what it means to be middle class in Spain. This analysis explores a specific contention in the symbolic relationship between centre and periphery in the current power distribution within the European Union: that of being a European middle-class subject in a Spain ruled by neoliberalism. This issue is examined through the prism of Jim McGuigan's theorisation on cool capitalism, which in this reading of Sanz's novel allows the characters to cope with both personal and social disaffection by wearing a mask crafted by a certain middle-class ideology particular to Spain. The novel then becomes a symbolic playground in which such middle-class ideology characteristic of neoliberalism is shown as rooted in Francoism, inequality and chronic disaffection. This ultimately points at the impossibility of being represented as belonging to the centre (i.e. to the European middle classes) in the periphery (i.e. in a Spain that occupies a subaltern position in the political economy set by the European Union). Accordingly, in Spain one can only aspire to be a permanent contradiction: a peripheral middle class.

Sumario 1 Introducción. – 2 Capitalismo *cool* y clase media española. – 3 Lucrecia: desafecto y clase media. – 4 Esteban y Elías: capitalismo *cool*. – 5 Conclusión.

Keywords Marta Sanz. Middle-class. Cool capitalism. Periphery. Dissatisfaction.

1 Introducción

Teniendo en cuenta los modelos propuestos por la economía política, el concepto centro-periferia busca determinar la relación entre dos «fuentes de poder asimétricas, que surgen a través de la interacción establecida entre unidades donde las desigualdades constituyen la regla habitual» (García Muñiz, Morillas Raya, Ramos Carvajal 2007, 4). Ahora bien, esta relación desigual no solo genera asimetrías de flujos comerciales (desde la periferia al centro) o de directrices político-económicas (desde el centro a la periferia), sino que también incide de forma particular en las dinámicas de representación de lo que es «ser centro» y «ser periferia». Por un lado, los centros de poder buscan categorizar, limitar y fijar lo periférico. Este proceso desigual define a los márgenes en disposición de donde se sitúe el centro, el cual va fijando cada significado (o concepto político) con su significante (la materialización de lo político en políticas públicas) para

determinar un esquema de significancia (lo ideológico institucionalizado) que intenta ser inamovible. Por otro lado, debido a la propia naturaleza asimétrica de la relación, los centros de poder acostumbra a desestimar el potencial contestatario de lo periférico. En este sentido, Marie Louise Pratt establece que: «Mientras la metrópoli imperial tiende a imaginar que determina la periferia [...], por lo general es ciega frente a la dinámica opuesta» (2010, 25).

La novela *Animales domésticos* (2003) de Marta Sanz se puede leer como una brecha dentro de dicho proceso desigual, aprovechando la ceguera que el centro tiene para con la periferia. En mi análisis, el texto de la escritora madrileña se lee como un punto de fuga discursivo de la relación entre el ser periférico español y el sujeto neoliberal dictado por el centro político-económico europeo actual.

Dentro de esa dialéctica de poder asimétrico, Marta Sanz va a plantear en *Animales domésticos* la imposibilidad que se dicta desde esos centros de poder europeos: no se puede ser periférico (español en este caso) y clase media europea al mismo tiempo. El texto es así una revelación discursiva de la falacia que significa ser clase media en la España de principios del siglo XXI. Leo tal revelación desde dos perspectivas en diálogo: una viene marcada por la especificidad del esquema ideológico de la clase media española, la cual es inseparable del desarrollismo franquista y por lo tanto de un tipo de aspiración más mundana que está basada casi exclusivamente en el poder de consumir. La otra perspectiva se entiende desde el giro específico que aporta el teórico cultural Jim McGuigan. Éste establece que la relación entre los centros de poder y la subalternidad está determinada por los mecanismos de seducción fatal de lo *cool*, por medio de los cuales se puede traducir el disenso político (en el original inglés «dissaffection») en aceptación dentro del engranaje capitalista en su etapa neoliberal (McGuigan 2011, 11).

En el caso español, la disconformidad con el estatus periférico que los centros de poder europeos designaron para este país se ve mitigada por medio de un mecanismo de lo *cool* específico: la construcción de una ideología de clase media que no solo busca anular el desafecto de ser periférico, sino que convierte en legítima la brecha entre el centro y la periferia. Así se puede aceptar como algo natural la desigualdad estructural entre el norte y el sur de Europa, entre los propios países del sur, y especialmente entre los ciudadanos de esos países, quienes deben asumir que no existen iniquidades de origen, pre-establecidas por la clase social o la geo-política. Y es esta serie de aceptaciones lo que en definitiva está en la esencia falaz del concepto de clase media española según mi lectura de *Animales domésticos*. La ideología de clase media se define en la novela desde una contradicción esencial: es una ideología que llama a los personajes a pensarse a sí mismos desde una posición de sujeto de clase media en el centro hegemónico en Europa, pero que solo los representa

como un constructo de lo *cool* (he aquí la esencia falaz de la concepción) en una España en la periferia de la economía europea, a las puertas de la crisis económica de 2008.

2 Capitalismo *cool* y clase media española

Antes de entrar de lleno en la particularidad analítica de la novela, es necesario acotar las ideas que construyen el marco teórico aquí utilizado (capitalismo *cool* y clase media), situarlas dentro del esquema ideológico del capitalismo neoliberal y finalmente precisar la terminología con relación al contexto español.

El capitalismo *cool* (originariamente en inglés «*cool* capitalism») es un término acuñado por Jim McGuigan en el libro del mismo nombre. Éste lo define escuetamente como: «la incorporación del desafecto [este término en su acepción en inglés, ‘*dissaffection*’, es definido como un estado de desencanto frente a una autoridad o un sistema de control] por parte del capitalismo mismo» (2009, 1). Dentro del desarrollo histórico político que hace McGuigan de lo *cool*, lo más relevante para mi análisis es una de las características esenciales del término hacia finales del siglo XX en lo que se ha denominado la etapa neoliberal: lo *cool* es un mecanismo que construye una cultura del desafecto político (desde la contra-cultura de los años sesenta) capaz de navegar la ola ideológica del capitalismo «organizado» (a partir del plan Marshall y la construcción del estado del bienestar) hasta llegar a la etapa neoliberal neutralizando cualquier tipo de disenso sistémico (McGuigan 2009, 6). Es así como la clase dirigente económica integra una ideología de la rebeldía dentro de las prácticas corporativas de administración laboral. Lo *cool* de este modo se hace parte inseparable de la lógica capitalista.

Este fenómeno tiene una expresión si cabe más hiriente en la etapa neoliberal, que domina lo que llevamos de siglo XXI. Aquí, según el propio McGuigan en *Neoliberal Culture*, se ha establecido una estructura neoliberal de los sentimientos («a neoliberal structure of feelings») que va mucho más allá de la incorporación simbólica del disenso en el esquema capitalista (2016, 22). Esta estructura a la que el teórico inglés se refiere representa un modo de vida por medio del cual el sujeto vive la explotación neoliberal como una manera de superarse a sí mismo, como una oportunidad para mejorarse. Dentro de este nuevo discurso vital, McGuigan establece los principios por los que se rige lo *cool*:

La avaricia ilustrada es el incentivo de motivación del yo [neoliberal]. En una inversión de la teoría del valor del trabajo de Marx, por medio de la cual el trabajador se convierte en un emprendedor a lo Schumpeter [en relación a Joseph Schumpeter, quien fue un economista austriaco

conocido por sus teorías sobre el papel vital del empresario como creador de riqueza en el ciclo económico]; y éste [nuevo trabajador] termina por considerar que la desigualdad no tiene por qué ser algo necesariamente malo, debido a que siempre habrá ganadores y perdedores en cualquier competición genuina. (2016, 118; trad. del Autor)

En el caso español, siguiendo el planteamiento propuesto por Luis Moreno-Caballud (2015, 21), la subjetividad neoliberal ha generado un paradigma donde el individuo es un sujeto autónomo, autorregulado, autosuficiente, que trabaja por dinero para ser capaz de satisfacer sus deseos individuales. Esto es especialmente relevante en España porque la falacia neoliberal de un modo de vida autosuficiente en el caso español viene de la mano del constructo ideológico de la clase media. Este paradigma de clase media en España se afianza durante la última etapa del franquismo por medio de los tecnócratas del Opus Dei, como señala Moreno-Caballud: «fue durante este período [de la dictadura franquista] que se establece en la sociedad española la importante percepción de querer llegar a ser clase media» (2015, 31; trad. del Autor). Ligado a esta voluntad de pertenencia a la clase media, culmina al mismo tiempo un proceso de despolitización cívica desde el cual se establecen las bases para el éxito del modelo neoliberal español. La institución de dicho modelo neoliberal está basada en la aceptación de la iniquidad, de la misma forma que se había aceptado la dictadura franquista: sin ambages. De tal modo, se crea en España una continuidad de un modo de vida enraizado en la desigualdad, o lo que Moreno-Caballud considera como una convergencia fundamental entre los de arriba y los de abajo: «la aceptación tácita de una desigualdad de raíz en la sociedad» (2015, 33; trad. del Autor). Esta aceptación de la desigualdad como algo natural tiene una continuidad histórica (por lo menos hasta la irrupción del 15-M en 2011) desde la que se define a la sociedad española como un contingente de individuos desiguales que solo pueden pertenecer a dos grupos posibles: los ganadores que se lo merecen y los que no, los perdedores.

Lo paradójico de dicho constructo de clase media en España es que el país, especialmente en la etapa neoliberal del capitalismo cuando el concepto de clase media llega a su clímax, mantiene una posición periférica frente a los países del norte europeos (como país receptor de fondos económicos estructurales, sin industria verdaderamente competitiva de alto valor añadido, cada vez más especializado en el sector servicios). Dicha posición periférica hace que el ser clase media en España haya estado casi exclusivamente ligado a la aspiración permanente del poder consumir; es decir, a su condición de posibilidad más que a un poder de consumo estable, debido precisamente al carácter periférico de la economía española. El concepto en el marco español pierde un tanto su cualidad trascendental y se hace mundano. Es más, la clase media asociada únicamente a la

sociedad de consumo no puede completar su esencia aspiracional a largo plazo (trascender al individuo consumidor-propietario para crear una comunidad de pertenencia ideológica), puesto que se queda restringida a la inmediatez de la compra.

La situación en España es muy diferente a la de Estados Unidos, donde se ha llevado a cabo la construcción más exitosa de la ideología de clase media y el concepto traspasa con creces el aspecto aspiracional-material. En este sentido, Martin Nunlee propone una definición esclarecedora en su libro *When did we all become middle class?*: «La clase media es el grupo que puede participar del ‘sueño americano’» (2016, 62; trad. del Autor). La idea del sueño americano aquí está basada en la pertenencia al éxito percibido de la nación (supremacía económica y político-militar). De tal modo, los estadounidenses, sin importar el tipo de ingresos que tengan (bajo, medio-bajo, medio o altos), perciben a su país como uno de clase media (Nunlee 2006, 79).

Esta demarcación conceptual de la clase media americana se traslada a Europa con mayor ahínco en la década de los cincuenta y sesenta: «La movilidad social de la clase media americana y la presuntas libertades americanas fueron admiradas por las clases medias urbanas europeas, especialmente en Alemania, Italia y Francia, quienes vieron en la cultura popular americana (tal y como la interpretaron) un medio legítimo de escapar lo tradicional» (Lanoue, Mirza, Pantaleon 2011, 136; trad. del Autor). Tal americanización de las clases medias europeas se desliga de las aspiraciones consumistas del concepto. Tanto es así que muchas mujeres europeas asociaron ambos términos (clase media y americanización) con las aspiraciones de la emancipación femenina y la entrada a una nueva modernidad (Lanoue, Mirza, Pantaleon 2011, 136). En líneas generales, si la clase media estadounidense se asocia con el sueño americano, la clase media europea hereda ese sueño y lo traduce en términos de modernidad frente a tradición.

Sin embargo, mientras que el desarrollo de la clase media europea se va concibiendo más allá del salario o la capacidad de consumo, en España surge al calor del desarrollismo del tardofranquismo durante los años sesenta y setenta. Es en esta época, tras la apertura de la dictadura franquista, cuando España consolida su sociedad de consumo por medio de los Planes de Desarrollo (desarrollismo) y el fin del régimen autártico. Araceli Rodríguez Mateos en su artículo «La función de la publicidad televisiva en la consolidación de la sociedad de consumo en España durante el régimen de Franco (1956-1975)» establece que es la compra de productos con «estatus social» (como, por ejemplo, los electrodomésticos) los que se asocian a la idea de ser clase media en España en este tiempo (2015, 261). La capacidad de consumo se convierte en el espacio simbólico aspiracional por excelencia de la clase media española. La modernización del país está entonces ligada al bienestar material. Un bienestar que en la dictadura

(incluso en la Transición a la democracia) va de la mano necesariamente de la despolitización ciudadana. Es decir, siguiendo lo establecido por Moreno-Caballud (2015, 49), el desarrollismo tardofranquista busca generar una sociedad de consumo de clase media desde un sujeto ajeno a la lucha de clases y fundamentalmente apolítico.

La propiedad y el consumismo se convierten en el modo más viable de autorrepresentación política, de conciencia de clase, en la idea de una España moderna alineada con los centros de poder europeos. El individualismo de clase media, típico de las clases medias americana y europea, en España pierde toda supuesta connotación liberadora (al contrario que la idea de libertad en Estados Unidos y del anti-tradicionalismo de la clase media urbana europea). Es de tal forma que se establece una continuidad fundamental por medio de este concepto de clase media consumista entre la sociedad franquista, la Transición a la democracia y la burbuja de la propiedad inmobiliaria que explota en 2008-2011 (Moreno-Caballud 2015, 48-9). Y es dicha continuidad en la que baso mi lectura de *Animales domésticos* para empezar a deshacer la falacia de lo que denomino la *ideología de clase media periférica*.

3 Lucrecia: desafecto y clase media

En España ser clase media nunca ha estado ligado a ningún tipo de aspiración emancipadora (por más superficial y banal que esa emancipación pudiera ser) más allá de los índices de consumo. Muy al contrario, siguiendo la trama que teje Marta Sanz en la novela que aquí me ocupa, ser clase media española está íntimamente relacionado con el desafecto crónico. En la lectura que hago de la novela, se puede trazar una línea simbólica entre el desafecto de los personajes a nivel personal y la desafección política intrínseca a la ideología de la clase media. La desafección aquí se entiende como la muestra de una indiferencia afectiva entre los personajes y la indiferencia hacia cualquier toma de conciencia social más allá del consumo. Hay entonces una relación proporcional entre la falta de afecto que los personajes tienen respecto a cada uno (e incluso hacia sí mismos) y la carencia existencial que provoca llevar una vida de clase media intranscendente; lo que aquí denominaré como clase media periférica. De tal modo, Sanz crea unos personajes que aceptan como natural un doble desafecto interrelacionado: la antipatía personal y la aversión que debiera provocar la falacia de ser clase media en la periferia europea. Este sentimiento se apunta ya desde el propio título: la mayor parte de los personajes en la novela son animales domésticos no tanto porque estén animalizados en su caracterización, sino porque carecen de agencia, son manipulables, dependientes y están enjaulados en un instinto de clase media, casi irracional, que les impide cambiar de modo de vida tanto a nivel

personal como a nivel social. Es así como los personajes viven un mundo de desafectos que son aceptados como si fueran fenómenos atmosféricos.

En este sentido, la trama principal de *Animales domésticos* gira en torno a una serie de personajes de una familia marcada por la desafección. Los progenitores: Lucrecia, lectora desencantada de su realidad, de su familia y hasta de las novelas que lee, casada con Julio, jubilado inconsciente de la desavenencia familiar que se genera a su alrededor; los hermanos: Elías, parado de larga duración desencantado de su propia existencia, y Esteban, un hombre privilegiado de clase media que vive autoengañado en su identidad proletaria, aquejado por la desafección constante que genera esta contradicción vital; ambos están conectados sentimentalmente con Carola, esposa de Elías que lo abandona para estar con Esteban con la intención de encontrar algo más que el desafecto crónico que Elías representa. Finalmente, la desafección hecha cuerpo es Marcela, hermana de Esteban y Elías, hija de Lucrecia y Julio, quien vive rodeada de desafectos: por parte de su marido, Santiago, y del resto de la familia, pero especialmente de su madre. Este retablo de personajes representa un desafecto que va de lo personal, expresado en sus desafecciones existenciales, a lo colectivo, originado en la ideología de la clase media periférica; algo que se desarrolla de manera más visible alrededor de la madre: Lucrecia.

El primer encuentro con Lucrecia lo hacemos mediados por la narradora, que la describe pasando las últimas páginas de una novela del escritor ruso Ivan Turgueniev, a quien lee «para reconocerse precisamente como Lucrecia y no como una anodina hembra de setenta y nueve años» (Sanz 2003, 11-12). La literatura funciona aquí como una toma de conciencia del sujeto lector; es un acto que sirve para reconocerse a uno mismo. Sin embargo, la lectura en Lucrecia es un acto temporal encerrado en sí mismo y por tanto esa toma de conciencia termina cuando deja de leer, pasando a ser otra vez «una anodina hembra de setenta y nueve años» que duerme al lado del «bulto omnipresente de Julio», su marido (Sanz 2003, 12). En realidad el pensamiento de Lucrecia, el aparato que supuestamente genera su toma de conciencia, está «cincelado a partir de frases hechas de pamplinas [...] y duda de que leer a Turgueniev sirva en medio de una bronca de sábado por la noche o en un fin de mes apretado» (12-13). Lo anodino de la toma de conciencia real de Lucrecia se basa en un utilitarismo intrínseco al concepto de clase media. Es decir, si la conceptualización de la clase media en España se hace a través de la capacidad de consumo y de la utilidad del consumismo para sentirse algo más arriba en la pirámide de las clases sociales, la concientización de Lucrecia que llega con el acto de leer no es el paso previo a un tipo de (pseudo)emancipación relacionado con un espíritu de modernización de la ideología de clase media instalada en Europa (anti-tradicionista, aunque pudiera ser de naturaleza conservadora). Por el contrario, su concientización está fijada por un pragmatismo fundado en «pamplinas» argumentales destinadas a resolver discusiones sobre los

ingresos familiares a final de mes. Ahora bien, paradójicamente Lucrecia vive una vida sin grandes decisiones que tomar (al contrario de lo que dictaría la ideología de clase media europea) a pesar de que a ésta «le exaspera la indecisión y el darle vueltas al mismo círculo» (13). La vida de Lucrecia es una vida útil, en el sentido más doméstico de la palabra. Así Lucrecia solo aspira a seguir viviendo en una línea continua, previsible y anodina: «Lucrecia lleva casi cincuenta años viéndole hacer lo mismo [a Julio, su marido]; así que ya no tiene que mirarlo ni con curiosidad ni con cariño ni con gesto de reproche» (13). He aquí el problema que revela la concepción de clase media que Sanz propone en la novela: la aspiración de Lucrecia está exenta de trascendencia; son aspiraciones regidas por lo anodino, lo mismo que ir de compras. Lucrecia está vehiculada por una vida insignificante que ella asume sin ambages; tal y como le dice Carola, su nuera: «Lucrecia, tú eres una mujer inteligente. Pero eres tonta» (19). Y esto en la novela no supone ningún tipo de crisis existencial. Sanz no nos relata a un personaje consumido por la compresión repentina de su vida insignificante.

Muy al contrario, son los momentos más significantes, aquellos eventos que de algún modo podrían sacar a Lucrecia de esta línea aspiracional hacia la nada, los que constituyen un momento de crisis en la vida del personaje. Por ejemplo, el nacimiento del hijo de Marcela, su único nieto, revela el momento de crisis más agudo del personaje en toda la novela. Simbólicamente Marcela se queda embarazada «al mismo tiempo que a Julio dejaban de funcionarles bien los riñones» (101). El embarazo que aparece ligado a la muerte de Julio en la novela genera en Lucrecia un cierto ánimo de confrontación de lo anodino que le rodea, lo cual está marcado especialmente por la figura de su hija Marcela. Debido a lo que parece ser una epifanía de la madre en relación al desafecto que siente por su hija, Lucrecia consecuentemente decide no asistir al parto de su único y primer nieto, lo cual provoca la reacción airada de Marcela: «Marcela tan sólo se cagó en su madre por abandonarla en un trance tan irrepentible como el que estaba viviendo [el parto de su hijo]» (101). El hecho de no asistir al parto rompe la línea previsible de lo que se espera en Lucrecia. Tal ruptura supone un primer acto de confrontación explícita hacia Marcela que se opone frontalmente al espíritu de indiferencia, anodino, que caracteriza a Lucrecia y a su familia hasta este momento. Enraizado en el propio acto de confrontación por parte de Lucrecia, está la toma de conciencia de su propia desafección. No obstante, esto es primordialmente un acto de conciencia sin recorrido trascendental. Tan solo es un acto de rebeldía temporal que no conlleva una reevaluación de su existencia dentro del esquema familiar. En este sentido, uno puede leer la falta de trascendencia de la rebelión de Lucrecia en el ámbito familiar como el paradigma intrascendente que define su existencia como mujer de clase media en la periferia europea.

De manera significativa, el tercer y último capítulo está sugerentemente titulado: «Un desenlace de clase media» (153). Aquí se activa el aparato de pseudo-rebeldía de la madre: «Lucrecia hoy deja la cocina sin recoger y va hacia su dormitorio... se pone el abrigo y sale de su casa, a una hora desacostumbrada, sin dar a nadie una explicación» (199). Dentro del retablo familiar de la novela, esta actitud de Lucrecia se considera un acto de rebeldía que va a confrontar directamente a Marcela y a su inconsciencia generadora de voluntades fútiles, constreñidas a una geografía limitadísima por el desafecto de su clase media del que no puede ser ni siquiera consciente. Así el enfado de Marcela cuando llama a su madre y ésta no coge el teléfono está fundamentado en una indignación desarraigada:

Mi madre es una desconsiderada. Llevo llamándola una hora seguida y no lo coge. Lo hace a propósito para llamar la atención, porque estoy segura de que está en casa, ¿dónde puede estar si no? Quiere que nos preocupemos, que pensemos que se ha puesto mala, estoy convencida. (204)

Es un enfado sin consciencia de que existe un otro, una Lucrecia a la que combatir, vencer o simplemente anular. Es un enfado que solo habla de un desafecto estructural del que Marcela es inconsciente y solo puede entender de manera contingente. Su enfado solo se entiende en términos de supuestos aislados: de la supuesta desconsideración temporal (y no crónica, como se le ha hecho saber en multitud de ocasiones anteriores en la novela) hacia la propia Marcela, de la supuesta preocupación que ésta debe sentir en el caso de que su madre estuviera enferma, de la supuesta inconsciencia de su madre.

Finalmente, en el último acto de la toma de conciencia de Lucrecia, Marta Sanz plantea no tanto un desafío al esquema conceptual de la clase media española como el clímax de la revelación discursiva de lo que significa ser clase media en España. Lucrecia, entonces, retoma simbólicamente la lectura de Turgueniev que dejó sin terminar y «vuelve a reflexionar sobre su propia vida» mientras Marcela da «timbrazos» a la una de la madrugada en busca de su madre (Sanz 2003, 215). La literatura sirve ahora para concientizarse más allá de la pamplina utilitarista. De esta manera se desactiva el estado doméstico de Lucrecia. Así en una confrontación con Marcela - que le dice «Mamá, ¿tú estás imbécil o qué te pasa?» (215) - Lucrecia «muerta de risa» empuja a Marcela sobre el sofá y le quita la llave con la que ha entrado en su casa, que ahora afirma como solamente suya (215). Este conflicto, sin embargo, no resulta en ninguna transformación esencial de ninguno de los dos personajes. El choque aquí revela simplemente la jerarquía del desafecto de clase media que rige la novela y la afirmación de Lucrecia como propietaria en exclusiva de la casa familiar. Al final de la novela Lucrecia ha expulsado a todos sus hijos

de su propiedad, y este es el máximo acto de emancipación, de rebelión contra su estado doméstico al que Lucrecia llega.

De acuerdo con la conceptualización de clase media que aquí he trazado, la madre solo sale de su ámbito doméstico (como momento explícito de confrontación y toma de consciencia) para reivindicar su propiedad inmobiliaria. Lo que aquí se determina es el reclamo propietario de la casa familiar por parte de Lucrecia y el destierro definitivo de cualquier tipo de afecto en la relación con su progenie. Lucrecia se convierte en una premonición de lo que será la ideología de propietarios de clase media que precede a la crisis económica de 2008-2011 en España. Se trata de una ideología contradictoria por excelencia, puesto que el individualismo exacerbado típico del neoliberalismo (desde el que Lucrecia rompe todo esquema de afectos) solo sirve para recuperar la causa por excelencia de la debacle de la clase media en España: la obsesión por la propiedad inmobiliaria. De esta forma, Lucrecia sigue los patrones marcados por el centro neoliberal (exaltación de la individualidad y la acumulación material) pero desde su condición periférica como española de clase media, sin ningún atisbo de intención trascendente (estancada en lo anodino) más allá del acto de poseer. Es así que Lucrecia se convierte en el mejor exponente de lo que puede denominarse una clase media periférica típicamente española: una que se rige por un desafecto crónico, simbolizado aquí por la posesión de una casa familiar sin familia.

4 Esteban y Elías: capitalismo cool

Este aparato de clase media periférica no se sostendría si no fuera por los mecanismos de autoengaño diseñados desde el capitalismo *cool* (según la definición propuesta por McGuigan anteriormente explicada). Esteban y Elías, los dos hijos varones de Lucrecia, son productos por excelencia de lo *cool*: Esteban es un operario eléctrico en una compañía que fabrica cables de alta tensión que cree que la condición obrera se puede elegir. Esto le lleva a crearse una impostura revolucionaria y una solidaridad con una clase que no es la suya (puesto que Esteban es un hombre privilegiado de clase media que ha optado por ser obrero eléctrico exclusivamente por motivos ideológicos), la cual termina en el momento que sus intereses personales pueden verse afectados. Elías, el hermano mayor, representa los daños colaterales de la adopción de pleno en España de las políticas neoliberales globales (que van decimando inexorablemente el escenario ideológico del estado del bienestar europeo) y su aceptación como marco indiscutible, regidor de lo económico, lo político, lo social y hasta lo vital. Elías, un parado crónico sin expectativas laborales, se autoengaña continuamente al pensarse como un «self-made man», un hombre hecho a sí mismo, como un emprendedor de su propio destino. No obstante,

inconsciente (al igual que Marcela) del desafecto que determina su clase media, acaba desahuciado de su propia casa, sin hogar y sin dinero pero todavía imaginando el éxito de sus futuros negocios (cada vez más ficticios).

Tanto Esteban como Elías son productos de la ideología de lo *cool* en la etapa neoliberal española. Por un lado, Esteban representa la incorporación de la rebeldía (lo *cool* como desafecto contracultural) por parte de la clase dirigente; de lo obrero como etiqueta inherente a una revolución que solo toca la postura, en la acepción más superficial del término, y cuya banalidad se adopta frente a cualquier problema sistémico de clase. Por ejemplo, esto se ve claramente cuando Esteban se alinea con Ángel, el dueño de la empresa, para parar las diferentes acciones de protesta de los trabajadores, y tras el accidente laboral que le cuesta la vida a su compañero de trabajo Jarauta, decide abandonar su radicalismo inconformista de clase obrera. Así, de manera significativa, justo antes de la previsible muerte de Jarauta, Ángel le dice a Esteban: «Con tíos como tú, da gusto trabajar. Te lo digo con el corazón en la mano» (212). Esteban es así desenmascarado en su impostura revolucionaria. Y cuando llega el momento de luchar por la clase obrera (de la que supuestamente se siente parte), se convierte en aliado del empresario.

Sin embargo, dentro de la lógica de lo *cool*, la traición de Esteban no le hace renunciar a su percepción como obrero, sino que ahora canjea su (im)postura de obrero revolucionario por la de un obrero *cool*, producto de la competencia capitalista. Es en definitiva un obrero «ganador». Al contrario que sus compañeros «perdedores» en el esquema neoliberal del capitalismo. La propia concepción de Marta Sanz de cómo funciona el capitalismo encaja dentro de este esquema de lo *cool*: «Creo que el capitalismo en su modalidad eufemística neoliberal cambia nuestra moral cotidiana, nuestras emociones y maneras de sentir, y está en el sustrato de una cultura que reduce a los lectores a la categoría de clientes de un supermercado» (De Eusebio 2014, 118). En este sentido, Esteban es un cliente de clase media que ha estado comprando una ideología de usar y tirar, la de ser un obrero que lucha por la hegemonía de la clase obrera, y que parcialmente devuelve/desecha en el momento en el que tiene que pasar de la teoría a la práctica.

Dentro del esquema de lo *cool*, la impostura de Esteban encaja en lo argumentado por Sanz y no toca el sistema de valores en el que se mueven los personajes. Es más, Esteban es recompensado por su impostura (ya que se deja entrever que será promocionado por Ángel una vez se haya calmado la situación). Solo el lector, quien evidentemente tiene acceso a las conversaciones de este último con el dueño de la fábrica, es capaz de darse cuenta plenamente de la impostura del personaje y la desafección que lo rige. Se trata de una desafección que apunta tanto a sus compañeros, a quienes no solo abandona sino que conspira

en su contra, como a sí mismo, puesto que su decisión de no apoyar la protesta le valdrá el vacío emocional de Carola, la cual finalmente decide abandonarlo. No obstante, Esteban nunca se arrepiente de la decisión, y de hecho continúa su impostura de líder obrero: «El tocomochito con el que Esteban se aprovechaba de los demás, era el mismo que todos los días se hacía a sí mismo» (Sanz 2003, 217). Al final de la novela, seguimos encontrando a un Esteban autoengañado por los códigos establecidos desde lo *cool*, donde el desafecto y la falta de moral son viables siempre y cuando promuevan el enriquecimiento individual.

Elías, por otro lado, es el ejemplo paradigmático del sujeto neoliberal, emprendedor de sí mismo, eterno perdedor inconsciente de su propia pérdida, instaurado en un ciclo infinito de autoayuda. En este sentido, tras el abandono de su esposa Carola, los mecanismos de lo *cool* se ponen en marcha y edifican una máscara ideológica para Elías: «Durante esos meses se fue fraguando una nueva ideología para sí mismo que le hacía experimentar una felicidad antes perdida [...]; un aparato de pensamiento y acción, por fin confortable» (Sanz 2003, 97). Elías entiende la felicidad como un constructo separado de la carencia material y del desafecto crónico que lo rodea. Consecuentemente, la felicidad se vuelve un atributo *cool* (otra impostura como la de Esteban) que el sujeto neoliberal debe incorporar a su manual de autoayuda.

Por esta razón Elías puede ser feliz sin necesidad de tener ni un solo motivo para estar contento. Dentro de este esquema, de su nueva ideología (lo *cool* neoliberal), Elías solo necesita creer en sí mismo, quererse lo suficiente, reforzar su capacidad como individuo autónomo: «Ahora lo veo más claro, me siento con más fuerzas y sé que voy a encontrar un trabajo que redundará a su vez en mi autoestima» (115). De tal forma Elías es un individuo regido por la ficción de la autonomía de su ser, desligado de cualquier tipo de conciencia social: «El dinero no era un problema, el problema era el tesón» (118). Elías, en este sentido, se define como un «*self made man*. Tardío, pero un *self made man* a fin de cuentas» (Sanz 2003, 118). Elías en consecuencia solo tiene conciencia de sí mismo. Es un ser socialmente inconsciente: sin conciencia de clase, sin conciencia de la realidad que lo rodea, sin conciencia del desafecto que atraviesa y domina todas sus relaciones vitales.

Es más, Elías es incapaz de reflexionar sobre la precariedad sistémica no solo de su vida, sino del contexto laboral implacable con aquellos sujetos que, como el propio Elías, han pasado una determinada edad y son desechados por el mercado. De hecho, a estos sujetos solo les queda la autonomía precaria de su ser: el autoempleo, la autoayuda y la autosuficiencia. De ahí que una Lucrecia en la cúspide de su rebelión (contra su familia) le diga a Elías:

Sí, hijo, sí. Hay que quererse, pero no tanto, porque entonces quererse es lo mismo que no respetarse, que ponerse una venda para no ver cómo le clavan el cuchillo al cerdo durante la matanza y, después, comerse tan tranquilo las morcillas. (190)

Elías, por otro lado, en la cumbre de su autoengaño, reacciona pensando que «lo importante es hacer bien lo que se haga. No hay oficios indignos. [...] No hay trabajos indignos que resten la calidad moral a un hombre» (191). Por ello no se indignará ni siquiera en su indigencia al final de la novela, y cuando va deambulando por las calles de Madrid «llega a la conclusión de que los pobres siempre eligen los mejores barrios» y piensa, mientras se acomoda en un banco para pasar la noche que «mañana será el día en el que, por fin, se cumplan sus últimos sueños» (214-15). El personaje, al igual que su hermano al final de la novela, vive la utopía neoliberal de lo *cool* necesariamente guiado por el autoengaño, por medio del cual uno acepta el desafecto personal y colectivo, existencial y social, como una especie de afecto. Es más, se transige con esta desafección con buena disposición. Así uno puede creer que lo bueno siempre está por llegar aunque nunca llegue, ni pueda llegar.

5 Conclusión

En resumen, la dialéctica político-económica que marcan las relaciones entre el centro y la periferia en mi lectura de *Animales domésticos* adquiere un carácter representativo y de revelación discursiva. Esto es, en mi análisis apunto las contradicciones insalvables de los requerimientos de los centros de poder (la adopción de una ideología de clase media europea dentro del esquema neoliberal global) para con la periferia (el contexto español concretamente). De tal manera, Lucrecia en la novela solo puede ser un sujeto emancipado de clase media en su individualismo extremo y como ganadora incontestable en el mercado de propiedades desde el desafecto crónico; hasta el punto de que su emancipación significa vivir completamente sola y aislada de todos los que alguna vez la rodeaban. Es más, este desafecto solo se puede hacer viable por medio de los mecanismos de autoengaño (o de seducción fatal de lo *cool*, como McGuigan lo denomina) sustentados por el neoliberalismo. Esteban y Elías así se vuelven ejemplos paradigmáticos de cómo se puede enmascarar el desafecto e incluso afrontarlo como una oportunidad de mejora. Todo esto revela dos partes que componen una misma falacia neoliberal: no se puede ser clase media europea en la periferia económica, en España en este caso; al igual que uno solo puede aceptar ser un sujeto neoliberal desde la impostura o el autoengaño.

Bibliografía

- De Eusebio, Carmen (2014). «Entrevista a Marta Sanz». *Cuadernos Hispanoamericanos*, 768(40), 114-24.
- García Muñiz, Ana Salomé; Morillas Raya, Antonio; Ramos Carvajal, Carmen (2007). «Núcleos productivos en Europa y España. Un estudio a partir de modelos discretos centro-periferia». *Estudios de Economía Aplicada*, 25(1), 1-26.
- Lanoue, Guy; Mirza, Vincent; Pantaleon, Jorge (2011). «The Impending Collapse of the European Urban Middle Class: the European Union's De-Naturing of Space and Place». *Journal of Comparative Research in Anthropology and Sociology*, 2(1), 135-52.
- McGuigan, Jim (2009). *Cool Capitalism*. New York: Pluto Press.
- McGuigan, Jim (2011). «From Cultural Populism to Cool Capitalism». *Art & Public Sphere*, 1(1), 7-18.
- McGuigan, Jim (2016). *Neoliberal Culture*. New York: Palgrave MacMillan.
- Moreno-Caballud, Luis (2015). *Cultures of Anyone: Studies on Cultural Democratization in the Spanish Neoliberal Crisis*. Liverpool: University of Liverpool Press.
- Nunlee, Martin (2016). *When Did We All Become Middle Class?* New York: Routledge.
- Pratt, Mary Louise (2010). *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Ciudad del México: Fondo de Cultura Económica.
- Rodríguez Mateos, Araceli (2015). «La función de la publicidad televisiva en la consolidación de la sociedad de consumo en España durante el régimen de Franco (1956-1975)». *Journal of Spanish Cultural Studies*, 16(3), 255-73.
- Sanz, Marta (2003). *Animales domésticos*. Madrid: Destino.